

VÍCTOR SOLAR

MILTON ROSSEL

---

HABIA tenido la gran amabilidad de solicitarnos el artículo sobre Joaquín Edwards Bello, publicado en el *Sur* el 20 de febrero, para incluirlo en *Atenea*. No puedo hácerme ahora a la idea de estar escribiendo en estos instantes el artículo en homenaje a Milton Rossel, que acaba de partir. Mientras más se acorta el trecho entre la muerte y nuestra propia muerte, más desconcertante nos parece aquélla; más incomprensible y ajena. Menos familiarizados con su llegar nos encuentra.

La obra del escritor, del maestro, del crítico, del amigo cordial y perpetuamente atento respecto del existir literario, se vincula a partir de 1954, a la dirección de la revista *Atenea*. Sucede en el cargo a Luis Durand y prosigue y enaltece con su labor, la obra cumplida por su ilustre antecesor y por quienes precedieron a éste: Domingo Melfi, Raúl Silva Castro y Eduardo Barrios. Pero a Milton Rossel iba a corresponder ser en realidad el primer director efectivo de *Atenea*, cuando varió el régimen de la revista en 1963.

Tres lustros de actividad fecunda e incansable casi se completaron al frente de la gran publicación con la cual se identificó totalmente y en la cual vertió, aparte de la labor directiva, una copiosa producción de estimables artículos literarios: críticas, cuentos, ensayos. "Si la prestancia y la calidad de *Atenea* se la han dado las plumas de los ensayistas y escritores, no es menos cierto que la vida y la orientación de ella ha estado en las diversas secciones en las cuales ha prestado panoramas de la actualidad artística, literaria y científica. Una de las más importantes es, sin duda,

la que se dedica a la crítica literaria y de arte. El examen periódico de la obra literaria es esencial para una revista de la índole de *Atenea*. Por ello, a través de los años, ha estado atendida siempre por los críticos más solventes del país". Uno de ellos, por muy largos años, fue Milton Rossel.

La cita corresponde a un artículo publicado con motivo de los cuarenta años de *Atenea*, la revista que representa en un ámbito mundial y continental, la amplificación de la voz y de las letras chilenas en lo más genuino y valioso de ellas. Sus últimos afanes y preocupaciones en la tierra, fueron para Milton Rossel los de estos días dedicados a la entrega del número de *Atenea* que se halla en su etapa final. Había que escucharle hablar de "su" revista. Con qué entusiasmo y devoción lo hacía. Recordamos perfectamente cuando cierto "Informe Confidencial" pretendió hacer aparecer a *Atenea* como una publicación sectaria y dirigida por un sectario. En esta misma página y en este mismo ángulo de esta página publicó Milton Rossel un brillante artículo que fue el más rotundo y categórico mentís para aquellas aseveraciones.

Desde la distancia asistimos más de una vez a su tarea laboriosa de las grandes ediciones especiales: los números dedicados a Luis Durand, a Ortega y Gasset, a Mariano Latorre, a Menéndez y Pelayo, a don Enrique Molina, a Luis de Góngora, a los Encuentros de Escritores, a Gabriela Mistral, a Unamuno, a Rubén Darío, a Andrés Bello.

En *Atenea* culminó, en largo período, una obra de toda la vida, plenamente realizada, como crítico en *La Nación*, *Occidente* y *Zig-Zag*; como profesor de Castellano en el Liceo Lastarria, de Composición y Estilo en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, como director del Departamento de Difusión Universitaria de la Universidad de Concepción.

En nuestra casa periodística de *El Sur* presidió los jurados de los Concursos Nacionales de Cuento, Sexto y Séptimo, correspondiéndole pronunciar el discurso de exégesis del trabajo premiado en 1964: "Cada 19 de noviembre". Trabajamos en estrecho contacto y en perfecto entendimiento. Sus conocimientos literarios y experiencia aventaban las dificultades; su caballerosidad, su rectitud e integridad a toda prueba, hacían imposible la más leve desinteligencia. Su eficaz, abnegada y certera labor en aquellos cer-

támenes constituyó para nosotros un ejemplo. Antes había participado en memorable concurso cuentístico de *El Mercurio*. Fue el jurado infatigable que halló al triunfador en el bosque literario de cuatro mil trabajos Súbitamente ha venido para él la hora del descanso y de la luz